

padre de familias en el juicio que le espera, para sepultar su descuido en que sepan la doctrina cristiana, y vivan los de su casa como verdaderos cristianos. Cavemos todos, deshaciendo la tierra de las codicias y torpezas; y cavemos en la tierra de nuestros corazones, rompiéndolos con la contrición y penitencia para destruir la langosta.

Aprended, aprendamos todos de Gedeon, que para conseguir la victoria de los Madianitas, no se armó ni armó á los suyos con lanzas, espadas, ni otras armas, sinó con unos cántaros de barro con luces dentro. No acometió á herir á los enemigos, sino hirió y quebrantó con los demás sus cántaros, para que saliesen las luces que pusieron en fuga á los Madianitas. ¿Qué modo es este de batallar y vencer? El texto lo dice: *Jacebant in valle, ut locustarum multitudo*. Estaban los Madianitas en el campo como ejército de langostas, y para vencer langostas no es medio armarse contra ellas, sinó quebrantarse á sí mismos. Quebrantemos, pues, católicos, el barro de nuestros corazones con una contrición grande por haber ofendido á Dios, para que salga la luz que esconde nuestra dureza, y veamos, que caminamos á toda prisa á la muerte; veamos, que espera una eternidad, ó dichosa ó infeliz; veamos, que es engaño cuanto nos arrastra en la vida; veamos, que nos esperan los Santos en nuestra patria, en donde solo son las delicias verdaderas, en donde se deja ver María nuestra Madre y abogada, y en donde Jesucristo nuestro Redentor con el Padre y el Espíritu Santo llenan al alma todos sus deseos. ¿Qué aguardamos, cómo no rompemos estos corazones á los piés de este Señor? Sí, piadosísimo Redentor mio, ya los rompemos; ya nos pesa de nuestros pecados, no porque la langosta se quite, sinó porque tú lo quieres, que eres bondad infinita.

Sí, católicos y amados hermanos míos: prometamos á nuestro amantísimo Dios y Padre nuestro no ofenderle jamás, detestar el pecado y las ocasiones de pecado con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, con todas nuestras potencias. Así, hermanos míos, así moveremos á compasión y lástima de nosotros á ese Dios, amante Padre nuestro, que no se cansa jamás de perdonarnos, y que no nos envía castigos sino para obligarnos á acudir á él, y para llevarnos, despues de habernos perdonado, á la eterna bienaventuranza que á todos os deseo. Amen.

LÁZARO.

(SOBRE EL EVANGELIO DE)

Veni, et vide.
Ven, y lo verás.
(JOANN, XI, 34.)

No hay pecador, por inveterado que sea, que tuviera valor para sufrir el horror de su estado, si se pudiera conocer y verse al natural. Una alma, que ha envejecido en la culpa, solo puede sufrirse á sí misma, porque la misma pasión, que es el motivo de todas sus desgracias, se las oculta; y porque su desorden es, al mismo tiempo, el cruel cuchillo que hace la herida, y la fatal venda que la oculta á la vista del enfermo.

Y así la Iglesia, para manifestar al pecador á sí mismo, nos representa, con frecuencia, el deplorable estado de una alma que vive, despues de mucho tiempo, sepultada en la culpa; unas veces, nos la representa bajo la figura de un paralítico de treinta y ocho años, para darnos á conocer, la insensibilidad y la funesta paz, que siempre sigue al hábito de la culpa. Otras veces, bajo el símbolo de un pródigo, reducido á vivir con los más viles animales; y con estas ideas, nos quiere hacer conocer su vileza y su infamia. Otras, bajo la imagen de un ciego de nacimiento, para pintarnos el horror y profundidad de sus tinieblas. Otras, finalmente, bajo la parábola de un espíritu sordo y mudo, para darnos á entender con más viveza, el abatimiento á que el hábito de la culpa reduce todas las potencias de una alma desgraciada.

Hoy, como para juntar todas estas distintas ideas bajo una sola imagen, aún más terrible y espantosa que todas las demás, nos propone la Iglesia á Lázaro en el sepulcro, muerto ya de cuatro días, exhalando infección y mal olor, con los piés y manos atadas, cubierto el rostro con un velo lúgubre, y causando horror, aún á aquellos mismos, á quienes el amor y la sangre le habían unido más estrechamente en su vida.

Venid pues, y ved, amados oyentes míos, los que há tantos años,

vivís bajo el infame yugo del desórden, y no teneis compasion de la desgraciá de vuestro estado.

Pero, temiendo, que si solamente expongo aquí el horror del estado de una alma que vive en el desórden, la turbe y desaliente, sin alargarla la mano para ayudarla á salir de este abismo, y para no omitir cosa alguna de la historia de nuestro Evangelio, la dividiré en tres reflexiones. En la primera, vereis lo terrible y deplorable del estado de una alma, que vive habitualmente en la culpa. En la segunda os manifestaré, los medios de que puede valerse para salir de él. Y en la tercera, cuales son los motivos que determinan á Jesucristo; á obrar el milagro de su resurreccion y libertad. Pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Desde luego, advierto tres principales circunstancias en el lastimoso espectáculo, que ofrece á nuestra vista Lázaro muerto y sepultado. Primeramente, siendo ya un monton de gusanos y podredumbre, exhala infeccion y mal olor. Y esta es la profunda corrupcion del alma, que vive en el hábito del pecado. En segundo lugar, un velo lúgubre cubre sus ojos y rostro. Y esta es la funesta ceguedad del alma, que está en pecado habitual. Finalmente, se deja ver en el sepulcro, atado de piés y manos. Y esta es la triste esclavitud de una alma, que permanece habitualmente en la culpa. Pues, esta profunda corrupcion, esta funesta ceguedad, y esta triste esclavitud, figuradas en el espectáculo de Lázaro muerto y sepultado, forman precisamente todo el horror y toda la miseria de una alma, que há mucho tiempo que está muerta á los ojos de Dios.

En primer lugar, no hay imágen más natural de una alma, que está sepultada en el desórden, que la de un cadáver, que está ya hecho presa de los gusanos y de la podredumbre. Por eso los Libros santos, nos representan en todas partes el estado de la culpa bajo la idea de una muerte funesta. Parece que el espíritu de Dios, no ha hallado cosa más propia que esta triste imágen, para darnos alguna idea de la deformidad de una alma, en quien habita el pecado. La muerte, pues, produce dos efectos en el cuerpo; le priva de la vida, altera despues toda su configuracion, y corrompe todos sus miembros. Le priva de la vida, y por aquí empieza tambien el pecado á desfigurar la hermosura del alma; porque, Dios es la vida de nuestras almas, la luz de nuestros espíritus, y el movimiento, por decirlo así, de nuestros corazones. Nuestra justicia, nuestra sabiduría, nuestra verdad, no son más que la union de un Dios justo, sábio y verdadero con nuestra alma. De modo, que toda la vida espiritual y sobrenatural de

nuestra alma, no es más que la vida de Dios en nosotros. Pero, con un solo pecado se acaba esta vida, se apaga esta luz, se retira este espíritu, y se suspenden todos sus movimientos. Y así, el alma sin Dios, es una alma sin vida, sin movimiento, sin luz, sin verdad, sin justicia y sin caridad: no es más que un caos y un cadáver.

Este es el primer grado de muerte que introduce en el alma cualquier pecado, que la separa de Dios. Pero, el hábito de la culpa, que es como una muerte inveterada, aún pasa más adelante. Por eso, Lázaro, no solamente está muerto en el sepulcro, sinó que, como há cuatro dias que está en él, la corrupcion de su cadáver empieza ya á inficionar. Porque, aunque el primer pecado, que nos priva de la gracia, nos deja sin vida y movimiento á los ojos de Dios, con todo eso, se puede decir, que aún nos queda alguna semilla de vida espiritual, algunas impresiones del Espíritu Santo, y alguna facilidad para recobrar la gracia perdida. Es verdad, que es cadáver, pero un cadáver, que há poco tiempo que espiró, que aún conserva no sé qué impresiones de calor, que parece nacen de algunas reliquias de vida; á proporcion, empero, que el alma persevera muerta, y permanece en la culpa, se va retirando la gracia, todo muere en ella, todo se altera, todo se corrompe, y su corrupcion llega á ser universal. Es universal su corrupcion, hermanos míos, porque, en una alma, que vive continuamente en el desórden, todo se muda y se corrompe; los dones de la naturaleza, la mansedumbre, la rectitud, la humanidad, el pudor, y aún las potencias del alma; los beneficios de la gracia, los pensamientos de religion, los remordimientos de la conciencia, los temores de la fé, y aún la misma fé; en todo entra la corrupcion, y ésta todo lo altera y muda en podredumbre, y en un espectáculo de horror, así los dones del cielo, como los beneficios de la tierra: nada queda en su primer estado.

Mas, la corrupcion no se limita á solo el pecador; un cadáver no puede estar mucho tiempo oculto, sin esparcir un mortal olor por todas partes. No podemos vivir mucho tiempo encenagados en el desórden, sin que se haga sentir el olor de la mala vida. Una vida desarreglada se manifiesta por mil partes; el público, desengañado, abre, por último, los ojos; cuanto más nos descubren, y cuanto más nos manifestamos nosotros, más nos acostumbramos á nuestra ignominia; nos cansamos de disimular y estar violentos; la culpa que aún se ha de comprar á costa de atenciones y cuidados, nos parece demasiado cara; nos quitamos la máscara, sacudimos aquellas reliquias de sujecion y pudor, que aún nos hacian temer la vista de los hombres; queremos gozar del desórden sin cautelas ni embarazos, y

entonces los criados, los amigos, los parientes, la ciudad, la provincia, todo participa de la infeccion de nuestros desórdenes y de nuestro mal ejemplo.

Finalmente, no quisiera decirlo aquí: es tan general la infeccion, que el hábito de la culpa pone en todo el interior del pecador, que corrompe hasta su mismo cuerpo; el desórden deja sobre su carne las vergonzosas señales de sus excesos, la corrupcion de su alma se extiende, muchas veces, hasta el cuerpo, que hizo servir á la ignominia.

¡Gran Dios! ¿puedo aún esperar, que me mireis con ojos de misericordia? ¿No os estremeceis al ver este montón de culpas y podredumbre, que presenta mi alma á vuestra vista, como os sucedió hoy en el sepulcro de Lázaro? ¡Ah! apartad, Señor, vuestros ojos santos y terribles de mi profunda miseria; pero, haced que yo no los aparte de mí mismo, y que me mire con todo el horror que merece mi estado. Quitadme el velo que me oculta á mí mismo; y luego que pueda yo ver y conocer mis males, quedarán medio curados. Y esta es la segunda circunstancia del deplorable estado de Lázaro: tenia cubierto su rostro con un velo lúgubre. La profunda ceguera es la segunda propiedad del hábito de la culpa. Confieso, que todo pecado es un error, que nos hace tener los falsos bienes por verdaderos; es un juicio errado, que nos hace buscar en la criatura la tranquilidad, la grandeza y la independencía, que no podemos hallar sino en Dios. No obstante, la primera culpa no apaga absolutamente en nosotros estas luces, ni siempre la sigue una noche profunda. Es verdad, que el espíritu de Dios, raíz de toda luz, se retira, y no habita en nosotros; pero, segun va el pecado degenerando en costumbre, se va retirando la luz de Dios, crecen y se aumentan las tinieblas, y llega, por último, una profunda noche y una absoluta ceguera. Entonces todo es ocasion de error para el alma pecadora, y todo muda de semblante á su vista; las más infames pasiones solo la parecen flaquezas; las conexiones más culpables la parecen simpatías, que nacieron con nosotros, y que son inseparables de nuestro corazon; la venganza, un justo resentimiento; las conversaciones de disolucion y libertinaje, graciosidades dignas de ser aplaudidas; las más infames murmuraciones, un lenguaje comun, del cual solamente los espíritus flacos pueden formar escrúpulo; las leyes de la Iglesia, usos de tiempos antiguos; finalmente, el cielo, la tierra, el infierno, todas las criaturas; la religion, el mundo, los delitos; las virtudes, los bienes y los males, las cosas presentes y las futuras, todo muda de semblante para un alma, que vive habitualmente en pecado, todo se la manifiesta

bajo falsas apariencias. Pero, quitad la piedra que cubre ese lugar de horror, mirad el interior, no juzgueis de vosotros por esas vanas exterioridades, que solo sirven de adornar vuestro cadáver; contemplad lo que sois en la presencia de Dios, y si no os mueve la corrupcion y profunda ceguera de vuestra alma, muévaos, á lo ménos, su esclavitud.

Última circunstancia del estado de Lázaro muerto y sepultado; estaba atado de piés y manos. Y esta es la imágen de la triste servidumbre de una alma, que há mucho tiempo, que vive esclava de la culpa. Si, hermanos míos; por más que el mundo tenga la vida cristiana por vida de sujecion y servidumbre, el reino de la justicia es reino de libertad; el alma fiel y sujeta á Dios es señora de todas las criaturas; el justo es superior á todo, porque de todo vive desprendido; es dueño del mundo, porque le desprecia; no depende de sus jefes, porque solamente los sirve por Dios; ni de sus amigos, porque solamente los ama en el órden de la caridad y de la justicia; ni de sus inferiores, porque no les pide ninguna injusta condescendencia; ni de su fortuna, porque teme la felicidad terrena; ni de los juicios de los hombres, porque solamente teme los de Dios; ni de los sucesos, porque los mira todos en el órden de la Providencia; ni aún de sus pasiones, porque la caridad, que habita en él, las arregla y gobierna; y así, solamente el justo goza propiamente de una perfecta libertad, es superior al mundo, á sí mismo, á todas las criaturas y á todos los sucesos; empieza, desde esta vida, á reinar con Jesucristo; todo está sujeto á él, y él solamente está sujeto á Dios. Pero, el pecador, aunque parece que vive sin yugo y sin regla, es un vil esclavo; depende de todas las cosas, de su cuerpo, de sus inclinaciones, de sus antojos, de sus pasiones; todas estas cosas son otros tantos dioses, á los que le sujeta, ó el amor, ó el miedo; otros tantos ídolos, que multiplican su esclavitud, al mismo tiempo que él se tiene por más libre, sacudiendo la obediencia que debe á solo Dios.

Os quejais, algunas veces, de los rigores de la virtud, amados oyentes míos: temeis la vida cristiana como una vida de sujecion y tristeza; pero ¿qué hallais en ella que sea tan triste, como la que experimentais en el desórden? ¡Ah! si os atrevierais á quejaros de la amargura y tiranía de vuestras pasiones, si os atrevierais á confesar las turbaciones, los disgustos, los furores y las inquietudes de vuestra alma; si nos manifestarais con sinceridad las tristezas que encierra vuestro corazon, no hay destino que no os pareciera más apreciable que el vuestro; pero, disimulais las inquietudes, que en vosotros ocasiona la culpa, y exagerais los rigores de la virtud, que

nunca habeis conocido. Mas, para alargar la mano á vuestra flaqueza, continuemos la historia de nuestro Evangelio, y veamos en la resurreccion de Lázaro, cuáles son los medios que os ofrece la bondad de Dios, para salir de ese deplorable estado.

2. La fuerza de la virtud divina no se manifiesta ménos en la conversion de los pecadores, que en la resurreccion de los muertos, como dice el Apóstol; y aquella misma excelente virtud que obró en Jesucristo para sacarle del sepulcro, es la que debe obrar en el alma, despues de mucho tiempo de muerta en el pecado, para resucitarla á la vida de la gracia; solamente con esta diferencia, que la voz omnipotente de Dios no halla resistencia alguna en el cadáver que anima y restituye á la vida; pero, el alma muerta y corrompida, por decirlo así, con la antigüedad del pecado, parece, que solo conserva alguna fuerza y movimiento para oponerse á aquella voz de virtud, que llega hasta el abismo en que está sepultada, y que la quiere restituir á la luz y á la vida. No obstante, por más difícil que sea la conversion de una alma de esta calidad, y por más raros que sean los ejemplos del Espíritu de Dios para enseñarnos á no desconfiar nunca de la divina misericordia, cuando queremos sinceramente salir de la culpa, nos propone hoy los medios en la resurreccion de Lázaro.

El primero es, la confianza en Jesucristo. *Si hubierais estado aquí*, dice una de las hermanas de Lázaro al Salvador, *no hubiera muerto mi hermano; pero sé que Dios os concederá cuanto le pidierais. Yo soy la resurreccion y la vida*, la respondió Jesucristo, *¿lo creéis así? Si Señor*, dijo ella, *yo siempre he creído, que vos sois Cristo hijo de Dios vivo*. Por aquí empieza el milagro de la resurreccion de Lázaro, por una entera confianza, en que Jesucristo es poderoso para librarle de la muerte y de la corrupcion.

Confieso, amados oyentes, que una alma, que há mucho tiempo que se halla muerta en la culpa, tiene mucho trabajo en volverse á Dios; pero, luego que una alma arrepentida de sus pecados, quiere sinceramente convertirse, no debe desconfiar, por más antigua que sea la infeccion de sus llagas; sus miserias deben aumentar su compuncion; mas, no desanimarla: el primer paso de su penitencia debe ser, adorar á Jesucristo como *á la resurreccion y la vida*. ¿Qué sabeis, si Jesucristo ha permitido, que caigais en ese deplorable estado, para que el prodigio de vuestra conversion sirva de atractivo á la de vuestros prójimos? ¿Qué sabeis, si su misericordia ha dispuesto, que se hagan públicas vuestras pasiones, para que mil pecadores, que han sido testigos de vuestros desórdenes, no desesperen de su conversion, y se animen con el ejemplo de vuestra paciencia? ¿Qué sabeis, si

vuestros delitos y escándalos tienen parte en los designios de la bondad del Señor para con vuestros prójimos, y si vuestro estado, que parece desesperado, como el de Lázaro, más há de ser motivo para que se manifieste la gloria de Dios, que ocasion de muerte para vosotros? Dios, siempre quiere la salvacion de la criatura; y desde el instante en que queremos volvernos á él, no debemos temer el que nos desprecie su justicia, sinó, el que nuestra voluntad no sea sincera.

Y la más decisiva prueba de nuestra seguridad es, el apartarnos de las ocasiones, que sirven de obstáculo invencible para nuestra resurreccion y libertad: obstáculos figurados en la piedra que cubria el sepulcro de Lázaro, la que desde luego mandó quitar Jesucristo, ántes de obrar el milagro de la resurreccion. Quitad la piedra. Segundo medio señalado en nuestro Evangelio. Todos los dias estamos viendo pecadores cansados del desórden, que quisieran convertirse á Dios; pero, no acaban de resolverse á salir de entre aquellos objetos, aquellos lugares, aquellas circunstancias y aquellos escollos, que los apartaron de su Majestad: toman algunas medidas para mudar de vida; pero, como estas medidas no apartan los peligros, tampoco adelantán su seguridad; pasan tristemente toda su vida en detestar sus cadenas, sin poder conseguir el romperlas. ¿De qué proviene esto? De que las pasiones no se empiezan á amortiguar, hasta que se separan de los objetos que las encendieron. Es error el persuadirse, á que puede mudarse el corazon, siendo para nosotros las mismas todas las cosas de que estamos rodeados. Quereis ser castos, viviendo entre los peligros, entre las conexiones, entre las familiaridades y placeres, que mil veces han corrompido vuestra alma. Empezad, apartando las ocasiones, que han servido tantas veces, y que aún sirven todos los dias de escollo á vuestra inocencia; quitad la piedra, que cierra á la gracia la entrada de vuestra alma.

Luego que quitaron la piedra, dijo el Salvador en alta voz: *Lázaro, ven acá fuera*. Sale Lázaro del sepulcro, atado de piés y manos, y Jesucristo le entrega á sus discípulos para que le desaten. Reparad aquí, que no manda Jesucristo á los discípulos, que desaten á Lázaro, hasta que él mismo se ha manifestado fuera del sepulcro; es necesario descubrirnos á la Iglesia, ántes de recibir por su ministerio el beneficio de nuestra libertad. *Lázaro, ven acá fuera*. Es decir: ¿hasta cuándo has de permanecer escondido y sepultado en lo interior de tu conciencia? ¿Hasta cuándo habeis de ocultar vuestra iniquidad en vuestro pecho? No podeis ignorar, que no se nos concede la remision de nuestras culpas, sinó por el canal y ministerio de la Iglesia; y que es necesario descubrir y presentar nuestras cadenas á

la piedad de sus ministros, en quienes únicamente reside la autoridad de atar y desatar en la tierra. No basta quitar la piedra del sepulcro, es necesario, que el alma pecadora salga de él por sí misma, que se manifieste claramente, que descubra toda su vida, y que, desde la primera edad, hasta el feliz tiempo de su libertad, nada pueda ocultarse á la vista del ministro, que está dispuesto á desatarla. Estos son los medios de conversion que se señalan en el milagro de la resurreccion de Lázaro: acabemos ya la historia de nuestro Evangelio, y veamos, cuáles son los motivos que determinan á Jesucristo á obrar este milagro.

3. Para entrar desde luego en el asunto, sin perder de vista el Evangelio, el primer motivo, que parece se propone el Salvador en la resurreccion de Lázaro, es enjugar las lágrimas, y recompensar las súplicas y la piedad de sus dos hermanas. *Señor, le dicen, aquel á quien amais, está enfermo.* Y este es tambien el primer motivo que determina muchas veces á Jesucristo, á obrar la conversion de algun gran pecador; las lágrimas y ruegos de las almas justas que se la piden.

Los justos, sabedores de nuestras flaquezas por nosotros mismos, las presentan continuamente delante del Señor, gimen en su presencia, pidiéndole rompa las cadenas con que aún estamos atados al mundo y á sus placeres; le presentan algunos débiles deseos de virtud, de que algunas veces los hacemos confidentes, para obligar á su bondad, á que nos conceda otros más vivos y eficaces; llevan hasta el pié de su trono algunos principios de bien, que han visto en nosotros, para alcanzarnos de su misericordia la perfeccion y plenitud; y movidos más de nuestras desgracias, que de sus necesidades, se olvidan santamente de sí mismos, por salvar á sus hermanos, que ven perecer en su presencia.

El milagro, pues, de la resurreccion de Lázaro, enseña á las almas justas, á solicitar la conversion de sus prójimos; pero tambien la conversion y libertad de sus prójimos sirve, para animar su tibieza y cobardía: segundo motivo, que se propone Jesucristo; quiere avivar con la novedad de este prodigio la fé de sus discípulos, que aún estaba flaca y enferma. Y este es tambien el fruto que siempre se propone Jesucristo en los milagros de la gracia; obra en presencia vuestra (hablo con los que caminais mucho tiempo há por los caminos de la justicia) unas conversiones repentinas y extraordinarias, para confundir con el fervor y celo de estas almas, poco ántes resucitadas, vuestra tibieza y pereza. Sí, hermanos míos; no hay cosa más propia para cubrirnos de confusion, y hacernos temblar por las infidelidades que mezclamos con nuestra piedad tibia y enferma, que el ver una alma, que

poco ántes estaba sepultada en la corrupcion de la muerte y del pecado, y cuyos desórdenes, acaso, habian servido á la vanidad de nuestro celo y á la malicia de nuestras censuras, el verla, vuelvo á decir, un instante despues, vivificada por la gracia, libre de sus cadenas, y que va con pasos agigantados por el camino de Dios.

Finalmente; no solo quiere la bondad de Jesucristo, proporcionar con este milagro á sus discípulos y á los judíos fieles, un nuevo motivo para que crean en él, sinó que, con él quiere tambien su justicia, disponer á los judíos incrédulos nueva ocasion de obstinacion é incredulidad. Última circunstancia de nuestro Evangelio. Los judíos toman sus medidas para perder al Señor; quieren dar la muerte al mismo Lázaro, para que no haya entre ellos un testigo tan acreditado del poder de Jesucristo; es verdad, que lloraron por su muerte; pero, apenas resucitó, ya solo le tienen por digno de su furor y venganza; y ved aquí el único fruto, que, regularmente, saca la mayor parte de vosotros de los milagros de la gracia, esto es, de la conversion y resurreccion espiritual de los mayores pecadores. Antes que la misericordia de Jesucristo mirase á una alma pecadora con ojos de gracia y de eterna salud, dabais muestras de estar compadecidos de su perdicion y su ignominia; llorabais la desgracia de su suerte; pero, apenas la resucitó la gracia de Jesucristo, apenas ha salido del sepulcro y del abismo de corrupcion en que estaba sepultada, y da gloria á su libertador con los santos fervores de una piedad sincera y amorosa, cuando inmediatamente os haceis censores de su misma piedad. Y así las obras de la omnipotencia de Jesucristo os obstinan; los mismos prodigios de su gracia consuman vuestra ceguedad.

¡Gran Dios! permitidme, que para poner fin á los desórdenes de una vida llena de culpas, levante mi voz, desde lo profundo del abismo en que há tantos años vivo sepultado. La voz del pecador que se convierte á vos, Señor, siempre os es una voz agradable. Bastante habeis hasta ahora, Señor, cerrado vuestros santos oídos para no oír mis libres conversaciones; abridlos hoy, para que oigan las tristes expresiones de mi dolor.

Si vos, como lo espero, oís mis súplicas, si llegais á restituirme la luz y la vida, que he perdido; si rompeis estas cadenas de la muerte con que aún estoy atado, yo no cesaré, Señor, de publicar vuestras eternas misericordias; mi boca, cerrada siempre para la vanidad, no bastará para explicar los excesos de mi amor y mi agradecimiento; y vuestra criatura, que aún gime bajo el imperio del mundo y del pecado, siendo restituida á su verdadero Señor, bendecirá á su libertador por los siglos de los siglos. Amen.